

DEMOS GRACIAS AL SEÑOR

Florentino Alonso Alonso - (Diario de León, 9-X-2022)

Todos tenemos alguna limitación: problemas personales, familiares, profesionales; enfermedad, miserias, pecados... Necesitamos que alguien nos cure de alguna "lepra". Como tenemos fe, recurrimos a Dios, la Virgen o un santo determinado, a la oración y a los sacerdotes; hacemos peregrinaciones, novenas..., tratando de encontrar solución a esas dificultades. Pero cuando las cosas se han arreglado, como por encanto, se nos olvida volver a Dios para agradecerle los dones recibidos. El evangelio de este domingo nos presenta la gratitud del leproso samaritano. El pecado capital de los paganos, según san Pablo, es «no haber dado a Dios gloria ni acción de gracias» (Rm 1,21). En nuestra sociedad neopagana detectamos el mismo pecado. Una vez alcanzado cierto nivel económico y seguridad, sanados de nuestras depresiones y sinsentidos –o anestesiados de ellos-, emerge el olvido de Dios. Al igual que los otros nueve leprosos judíos del evangelio (Lc 17,11-19), también el hombre contemporáneo cree que con el cumplimiento de la ley ha saldado sus deudas con la divinidad. Cumplida la ley y obtenido el beneficio, tiene la convicción de que el milagro es consecuencia del mérito personal. Jesús no pidió a los leprosos curados que volvieran para darle las gracias. Por eso, más que reprochar, lamenta la ingratitud de los que no volvieron y pone de relieve que no han regresado: «Los otros nueve ¿dónde están?» La acción de gracias es tan importante como la súplica y la obediencia. Quien agradece la presencia de Dios en su vida cree y va por buen camino. La acción de gracias es un buen termómetro para medir el grado de fe. Tendemos a acordarnos de Dios en la súplica, como si le echáramos en cara nuestras desgracias, pero le olvidamos en tiempos de bonanza. Ser agradecido es ser feliz. Muchas de nuestras insatisfacciones son el fruto de nuestra ingratitud. Si cada mañana al levantarnos trajéramos a la mente todo lo que tenemos que agradecer a Dios seguramente ganaríamos en optimismo. Pero preferimos el lamento o, en todo caso, la soberbia de nuestra valía y pasamos el día añorando más que disfrutando.